

CRÓNICA DE UNA RATIFICACIÓN ATRAGANTADA: EL ACCIDENTADO SÍ DE REINO UNIDO A MAASTRICHT DESDE LA ÓPTICA DE LA PRENSA ESPAÑOLA *

CHRONICLE OF A TROUBLESOME RATIFICATION: THE ROCKY YES OF BRITAIN TO MAASTRICHT FROM THE SPANISH PRESS' PERSPECTIVE *

José Carlos Tenorio Maciá *

*Universidad de Alicante, España. E-mail: josecarlos.tenorio@ua.es

Recibido: 10 julio año / Revisado: 16 septiembre 2020 / Aceptado: 2 octubre 2020 / Publicado: 15 octubre 2020

Resumen: El Tratado de Maastricht ha sido, hasta la fecha, el mayor salto adelante de la construcción europea. Sin embargo, o quizá debido a ello, su alumbramiento estuvo marcado por los problemas de la familia comunitaria, y de Reino Unido en particular, para garantizar su ratificación. En este trabajo nos acercamos a las páginas de *ABC*, *El País* y *La Vanguardia* desde la concepción del tratado en diciembre de 1991 hasta su aprobación definitiva en Westminster a finales de julio de 1993. A través de siete eventos destacados de dicho periodo, se pretende conocer su lectura de este enredado proceso, con especial atención al caso británico.

Palabras clave: *ABC*, *El País*, *La Vanguardia*, Maastricht, Reino Unido

Abstract: The Maastricht Treaty has been the greatest leap forward of the European construction to date. However, or maybe because of that, its birth was marked by the difficulties faced by Member States, and particularly by Britain, to secure its ratification. In this work we approach the pages of *ABC*, *El País* and *La Vanguardia* from the inception of the treaty (December 1991) to its final approval in Westminster (July 1993). Over seven key events of the period, we wish to learn about its view of this arduous process, with particular attention to the British case.

Keywords: *ABC*, *El País*, *La Vanguardia*, Maastricht, United Kingdom

INTRODUCCIÓN

1992 fue bautizado por la reina Isabel II como *annus horribilis* para la familia real británica¹. Por motivos muy diferentes, Jacques Delors, entonces presidente de la Comisión Europea, reconocía al término del mismo que él también había soñado con un año diferente. Y es que, en palabras del profesor Walter Goldstein, “se suponía que el año 1992 marcaría un punto de inflexión místico en la gloria de Europa. Como en 1492, un viaje hacia lo desconocido iba a empezar”². Pero, contra todo pronóstico, la Europa de Maastricht, ideada para relanzar el proyecto europeo como nunca antes, resultaría más fácil de firmar por los líderes de los Doce que de ratificar por los parlamentos nacionales: casi dos años fueron necesarios antes de su entrada en vigor en noviembre de 1993³.

* El presente trabajo forma parte de una investigación financiada por la Generalitat Valenciana y el Fondo Social Europeo. Además, está enmarcado en el Proyecto EUCLIO 2: Europeísmo y redes transatlánticas en los siglos XX y XXI.

¹ Entre otros eventos desafortunados, en dicho año se produce la separación de sus hijos Carlos y Andrés.

² Goldstein, Walter, “Europe after Maastricht”, *Foreign Affairs*, 71/5 (1992-93), p. 122.

³ Para una panorámica general del Tratado de Maastricht véase Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo, *Historia de la Unión Europea: de los seis a la ampliación al Este*, Madrid, Arco Libros, 2003; Moreno Juste, Antonio y Núñez Peñas, Vanes-

El Tratado de Maastricht, surgido del Consejo Europeo de diciembre del 91, se había gestado entre la autocomplacencia de los Estados miembros por la reciente caída del comunismo al otro lado del telón de acero y su inquietud por la reunificación alemana. Y es que, como apuntaba Tony Judt, si bien el Acta Única Europea del 86 ya preveía los siguientes pasos de la integración, el fin de la Guerra Fría actuaría como principal catalizador de este salto cualitativo en la construcción europea⁴. Con Maastricht nacía lo que hoy seguimos llamando Unión Europea y, con ella, la moneda única. Además, en paralelo a los acuerdos sobre la Unión Económica y Monetaria, se negociaron con resultados más modestos otros asuntos relacionados con la Unión Política.

Si algo corroboraron las conclusiones de la cumbre en tierras holandesas era que Reino Unido se reafirmaba como el “awkward squad”⁵ o, dicho de otra manera, como el socio menos integracionista del Club⁶, al conseguir dos *opt-outs* o cláusulas de exención que le permitían mantenerse al margen de lo que hoy conocemos como el euro, así como del protocolo sobre política social anexo al tratado. Estas concesiones llevaron al *premier* británico, John Major, a proclamar al término de la cumbre “juego, set y partido”⁷; unas palabras que acabarían volviéndose en su contra. Pero, por lo de pronto, el acuerdo de Maastricht era percibido como un éxito formidable para Reino Unido y un triunfo personal de su primer ministro⁸.

Más allá de que el triunfalismo del Gobierno británico estuviese justificado, Major había conseguido salvar Maastricht preservando la unidad del Partido Conservador, que amenazaba con resquebrajarse por la cuestión comunitaria desde la salida forzada de Margaret Thatcher en no-

viembre del año anterior. Europa había sido una de las cuestiones que habían precipitado su caída, ya que a muchos de los suyos les preocupaba que el creciente aislamiento de la mandataria en Bruselas pudiese ir en contra de los intereses del país. Celosa de la soberanía nacional, *Maggie* se mostraba cada vez más crítica con la Comunidad y su afán integracionista. Y, ciertamente, su idea de Europa apenas difería de la de su sucesor, pero los euroescépticos *tories*, que se sentían traicionados por la conspiración interna que había desbancado a la Dama de Hierro, mantenían la guardia alta para evitar posibles desviaciones del nuevo líder; máxime cuando este, en su primer discurso como *premier* al otro lado del Canal, había hablado de poner a Reino Unido en el corazón de Europa⁹. De alguna manera, John Major era para ellos un líder en periodo de prueba¹⁰.

El caso es que, a su vuelta de Maastricht, Major presentó los acuerdos alcanzados en la Cámara de los Comunes y consiguió su apoyo. Solo siete de sus compañeros de filas votaron en contra¹¹. El 7 de febrero del 92, apenas dos meses después, se firmaba oficialmente el Tratado de la Unión Europea. La Europa de Maastricht parecía más cerca. A partir de entonces, Londres, como el resto de socios, debía abrir el proceso de ratificación pero, ante la proximidad de las elecciones generales, Downing Street decidió aplazarlo para después de la cita con las urnas. Esta última tuvo lugar el 9 de abril del 92 y, en contra de los sondeos¹², los conservadores lograron su cuarto mandato consecutivo. Major volvía a alzar el puño en señal de victoria; esta vez para celebrar la legitimidad que le confería el respaldo popular.

Pero el hijo del trapezista no tardaría en comprobar que legitimidad no implicaba necesariamente autoridad. Y es que la letra pequeña de su inesperado triunfo advertía que su mayoría era precaria y que el ala euroescéptica de su parti-

sa, *Historia de la construcción europea desde 1945*, Madrid, Alianza, 2017.

⁴ Judt, Tony, *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*, Barcelona, Taurus, 2015, p. 1.021.

⁵ Kershaw, Ian, *Roller-coaster. Europe 1950-2017*, Londres, Allen Lane, 2018, p. 428.

⁶ Laursen, Finn y Vanhoonacker, Sophie, *The intergovernmental conference on political union. Institutional reforms, new policies and international identity of the European Community*, Maastricht, European Institute of public administration, 1992, p. 21.

⁷ Marr, Andrew, *A History of Modern Britain*, Londres, Pan Books, 2008, p. 335.

⁸ Blair, Alasdair, *Dealing with Europe. Britain and the negotiation of the Maastricht Treaty*, Aldershot, Ashgate, 1999, pp. 219-220.

⁹ Young, Hugo, *This blessed plot. Britain and Europe from Churchill to Blair*, Londres, Papermac, 1998, p. 374.

¹⁰ Forster, Anthony, *Britain and the Maastricht negotiations*, Basingstoke, Macmillan, 1999, p. 26.

¹¹ Dorey, Peter, *The Major premiership. Politics and policies under John Major, 1990-97*, Londres, Palgrave Macmillan, 1999, p. 6.

¹² Por primera vez en mucho tiempo, las encuestas eran favorables al candidato laborista. Los electores británicos parecían valorar el viraje del *Labour* hacia el centro bajo el liderazgo de Neil Kinnock.

do había salido reforzada. Sobre esto último, el entonces secretario privado de Major, Stephen Wall, recuerda que durante los meses inmediatos a los comicios se haría evidente que muchos de los euroescépticos *tories* estaban más interesados en la integridad de su batalla antieuropea que en la supervivencia del propio Gobierno¹³.

Así se pondría de relieve en junio, tras el rechazo de los daneses a la Europa de Maastricht¹⁴ y, poco después, en la fatídica semana de septiembre en la que al Miércoles Negro (la mayor crisis del Sistema Monetario Europeo desde su entrada en vigor en el 79) le siguió el *petit oui* de los franceses a Maastricht¹⁵. La insuficiencia del apoyo popular al nuevo tratado y las riñas en la familia comunitaria en torno a la atribución de responsabilidades por el *shock* monetario ponían en la picota el proyecto de Unión Europea y, a su vez, aumentaban la presión sobre John Major y su política hacia la Comunidad.

De hecho, tras el no de Copenhague, el Gobierno británico se vio forzado a detener el proceso de ratificación en Westminster, a la espera de una solución que complaciera a los daneses y garantizase, así, la unanimidad requerida para la entrada en vigor de Maastricht. Además, la salida forzada de la libra del Sistema Monetario Europeo (SME), incapaz de defenderse ante la apreciación del marco alemán, dejaba maltrecha la estrategia económica del equipo de Major, que había apostado muy fuerte por este mecanismo de cooperación monetaria a nivel europeo en aras de contener la inflación doméstica. El golpe para Downing Street sería tan duro que, algunos como John W. Young, han considerado el Miércoles Negro como el punto de inflexión del mandato de John Major¹⁶; un evento del que no

¹³ Wall, Stephen, *A stranger in Europe: Britain and the EU from Thatcher to Blair*, Oxford, University Press, 2008, p. 138.

¹⁴ Con un 50,7% del electorado en contra, el no de los daneses supuso la primera vez que la Comunidad presenciaba la incapacidad de un Estado miembro de ratificar alguno de sus tratados.

¹⁵ El Miércoles Negro hace referencia al 16 de septiembre de 1992, cuando fruto de la inestabilidad de las monedas europeas, la libra, que se había incorporado tarde y a regañadientes al Sistema Monetario Europeo, se vio forzada a abandonar este sistema de tipos de cambio fijos por la presión de los mercados. Cuatro días más tarde, los franceses daban su aprobación al Tratado de Maastricht por un margen muy estrecho.

¹⁶ W. Young, John, *Britain and European unity. 1945-1999*, Basingstoke, Macmillan Press Ltd., 2000, p. 161.

lograría recuperarse hasta su salida del poder en 1997.

En este difícil contexto, tanto para los más europeístas, en plena reactivación de las disputas nacionales, como para los propios *tories*, que veían dañada su reputación como buenos gestores de la economía y mostraban cada vez más fisuras por la cuestión europea, Reino Unido asumía la presidencia de turno del Consejo. Su principal cometido era evidente: había que salvar la oposición de Dinamarca a Maastricht para salvar, así, el propio tratado, aunque muchos amenazasen con seguir adelante sin el país nórdico. Eso mismo sucede en el Consejo Europeo de Edimburgo, celebrado los días 11 y 12 de diciembre del 92. En el último acto de la presidencia británica, que aspiraba a atender las demandas de Dinamarca para desbloquear el proceso y, a su vez, contrarrestar la presión de los eurorrebelde ingleses, se acaba hallando la fórmula por la cual, entre otras disposiciones, se extendía a Copenhague la cláusula de exención que permitía a Londres desvincularse de la moneda única. El 18 de mayo del 93, los daneses, esta vez sí, daban luz verde a la Europa de Maastricht. En consecuencia, dos días después, los Comunes aprobaban finalmente la *Maastricht Bill*, avalada más tarde por la Cámara de los Lores y sancionada, en última instancia, por la reina Isabel II.

No obstante, a John Major todavía le esperaba un último asalto; seguramente el más dramático de todo el proceso. Con el tratado ya aprobado, la ratificación quedaba pendiente de lo que resolviese el Parlamento sobre el capítulo social; uno de los dos *opt-outs* concedidos a Londres, y que le eximía de lo que Bruselas dispusiese en este ámbito. La oposición laborista, cada vez más atraída por la idea de una Europa social, había decidido elevar una moción a los Comunes para que los diputados se pronunciasen al respecto. Los euroescépticos *tories*, que compartían con el *Labour* su animadversión hacia Major, se unieron a sus habituales adversarios, lo que llevó al *premier* a someter a su Gobierno a una moción de confianza ligada al mantenimiento del controvertido *opt-out*. Esta vez, los rebeldes del Partido Conservador se posicionaron a favor de su líder y, evitando su propia autodestrucción, confirmaron el cierre definitivo del proceso de ratificación en Westminster.

Así se ponía fin a la pesadilla que, de acuerdo a Andrew Geddes, había supuesto la aprobación

de Maastricht para el 10 de Downing Street¹⁷. Un mal sueño compartido por los más europeístas del subcontinente, que solo pudieron brindar tras las resoluciones que, sobre el nuevo tratado, quedaban pendientes en los tribunales de Alemania y Reino Unido. El 1 de noviembre de 1993, la Comunidad Económica Europea (CEE) daba el salto que tanto se le había resistido: la Unión Europea iniciaba su andadura.

En este trabajo abordamos la travesía de la Europa forjada en Maastricht desde las páginas de tres de los diarios más distinguidos de la prensa española: *ABC*, *El País* y *La Vanguardia*¹⁸. Para ello, se han seleccionado siete eventos clave de un periodo que abarca más de año y medio, desde la concepción del tratado en diciembre del 91 hasta su aprobación final en Westminster a finales de julio del 93. Nuestro análisis incluye el Consejo Europeo de Maastricht, las elecciones generales en Reino Unido, los referéndums en Dinamarca y Francia¹⁹, el llamado Miércoles Negro, el Consejo Europeo de Edimburgo y la ratificación definitiva en Westminster. De cada acontecimiento se consulta el día o los días de su celebración, así como las dos jornadas previas y las dos posteriores, poniendo el foco en el espacio editorial, tanto a nivel cuantitativo como cualitativo. Esto último responde al doble objetivo de la presente investigación: por un lado, conocer la importancia otorgada por la prensa a cada una de las fechas destacadas; por otro, averiguar y comparar la interpretación de cada periódico de los distintos eventos, teniendo siempre en cuenta su lectura del caso británico.

En una España gobernada desde 1982 por el Partido Socialista de Felipe González, firme defensor de la profundización del proyecto europeo auspiciada en Maastricht, ¿cómo valorarían tres de

las principales cabeceras españolas de la época la voz discordante de Londres en el camino hacia la Unión Europea? Esta cuestión guiará nuestro análisis en adelante.

1. EL PROCESO EN LOS MEDIOS

1.1. Consejo Europeo de Maastricht (9-10 diciembre 1991)

ABC se refiere a Maastricht en tres ediciones. La idea principal que se desprende de sus comentarios es la siguiente: la integración federal presentada en esta cumbre llegaba demasiado rápido, ya que trataba de establecer por decreto una realidad que carecía de bases firmes para hacer efectiva una empresa de tanta envergadura. De ahí que, aun reconociendo la importancia de la fecha para el proyecto europeo, cargase contra los “eurofrenéticos” y “euromaximalistas” por priorizar el idealismo sobre la realidad práctica²⁰. No debe sorprender que, conocidos los resultados de la reunión, rehuya del triunfalismo y presente una lectura puramente nacional del evento, poniendo en valor los fondos de cohesión logrados por Felipe González.

Por otro lado, a lo largo de estas jornadas *ABC* instaba a los socios europeos a integrar la visión de un Reino Unido que, a su parecer, estaba mostrando una disposición inédita a fortalecer la cooperación europea.

El País se refiere a Maastricht desde sus páginas editoriales en dos ocasiones: antes y después de celebrarse la reunión. Esta última se presentaba como el rubicón de la Europa política y económica, y una vez finalizada, se ensalzaba que, en un nuevo éxito histórico, Europa avanzaba: tras los Tratados de Roma, “llegar a este punto ha sido el segundo gran éxito de la Europa contemporánea”. Eso sí, la cabecera reconocía que, pese a los aspectos federales incluidos, el paso adelante había sido limitado²¹.

Es precisamente la modestia del progreso lo que, para *El País*, convertía a Londres en claro vencedor de la cumbre; un triunfo que compartía con Madrid por los resultados en materia de cohesión. Ya desde un inicio, el diario destacaba las reticencias británicas ante Maastricht; toda una amenaza contra las pulsiones integracionistas

¹⁷ Geddes, Andrew, *The European Union and British politics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2004, p. 202.

¹⁸ Según datos de la Oficina de Justificación de la Difusión, en 1993, año en el cual se cierra nuestra investigación, *El País* (progresista) era el diario de información general líder en España, seguido por *ABC* (monárquico-conservador). Por su parte, *La Vanguardia* (catalanista y de tendencial liberal) se situaba de cuarto entre los más vendidos. Información recogida en “La OJD certifica el liderazgo absoluto del diario El País en el año 1993”, *El País*, 7 de junio de 1994, p. 34.

¹⁹ Además de la consulta a daneses y franceses en torno al nuevo tratado, Irlanda también convocaría un referéndum sobre Maastricht, saliendo adelante con el apoyo de casi el 70% del electorado.

²⁰ “Europa en Maastricht”, *ABC*, 8 de diciembre de 1991, p. 21.

²¹ “Europa avanza”, *El País*, 12 de diciembre de 1991, p. 8.

de la mayoría. De hecho, el acuerdo final llega a ser presentado como el producto resultante de las concesiones hechas por Londres; es decir, las conclusiones de Maastricht representarían el punto hasta el cual la delegación británica se habría dejado arrastrar sus pies, plantados a contracorriente²². Ahora bien, ello no es óbice para que, a lo largo de estas jornadas, se pusiese en valor la mejor disposición de John Major en la mesa de negociaciones comunitaria, en contraste con la actitud de su predecesora, Margaret Thatcher.

La Vanguardia menciona la cita de Maastricht en dos ocasiones. Para el diario catalán, cualquier avance en la integración comunitaria debía partir del consenso entre sus miembros. Pero de la misma forma que pedía prudencia, comprendiendo incluso las reservas de Londres a participar en un modelo de Europa unitario e inflexible, creía llegado el momento de dar un salto cualitativo, sobre todo ahora que había caído el telón de acero²³.

Una vez concluye la cumbre, además de valorar la actuación de la delegación española, *La Vanguardia* festeja el progreso alcanzado, que no duda en considerar un paso histórico. Ahora bien, reconoce la insatisfacción de quienes esperaban más de Maastricht y teme que las cláusulas de exención concedidas a Londres sirviesen de precedente a otros países. Estos *opt-out*, en cualquier caso, volvían a cubrir de nubes el canal de la Mancha: “la cuestión ahora es saber si Londres, al marginarse, no ha vuelto a perder otra oportunidad para, como corrobora la historia, intentar subirse al tren después, a destiempo y en peores condiciones”²⁴.

Así pues, *ABC* toma distancia desde el principio respecto a la Europa diseñada en Maastricht, al considerar que trataba de imponer un modelo centralista y federal sin el beneplácito previo de la opinión pública. En ningún momento cuestiona la necesidad de la integración europea pero entiende que otra Europa era posible; una Europa más práctica, que no tratase de forzar una nueva realidad y que se limitase a evolucionar al ritmo del sentir popular. Por todo ello, *ABC* coincide, a grandes rasgos, con la postura crítica de Londres, a quien presenta no tanto como un so-

cio incómodo (etiqueta habitual, sobre todo, en las páginas de *El País*) sino como el abogado del diablo imprescindible para acercar a tierra firme las ideas excesivamente ambiciosas de Maastricht.

El País y *La Vanguardia*, por su parte, exhiben mayor simpatía por la Europa de Maastricht. Celebran por encima de todo que se avanzase en la construcción europea aunque, a diferencia de *ABC*, creían que el tratado se había quedado corto en su alcance. Al fin y al cabo, ambas cabeceras ansiaban una verdadera Europa política. Pero, aun reconociendo sus imperfecciones, no veían una alternativa mejor a Maastricht.

1.2. Elecciones generales en Reino Unido (9 abril 1992)

La convocatoria electoral en las Islas no merece la atención de *ABC* hasta el mismo día de la consulta. Desde entonces, los comicios se cuelan en su espacio editorial. El diario ponía de relieve que los británicos acudían a las urnas sin que se enfrentasen dos modelos de sociedad, tal y como venía siendo habitual en el país; esta vez, no eran las grandes ideologías sino las cuestiones concretas las que ocupaban el debate público, y Europa no estaba entre ellas. Esto se debía, en parte, al “nuevo laborismo” de Neil Kinnock: “un socialismo convenientemente pasteurizado, capaz de enterrar sus viejos mitos”. El diario reconocía que el líder del *Labour* había hecho mejor campaña que el actual primer ministro *tory*, pero creía una incógnita los resultados²⁵.

Una vez conocido el desenlace electoral, *ABC* no escondía su sorpresa ni su satisfacción por la reelección de John Major, lo que demostraba el buen sentido de los electores británicos: toda una apuesta por la estabilidad en tiempos de convulsión internacional. Para esta cabecera, se había impuesto la mayor competencia y sinceridad ideológica de John Major respecto a Kinnock, un recién convertido al lenguaje liberal²⁶. Esta interpretación doméstica ofrecía, además, una lectura más global: los resultados en Reino Unido eran la última confirmación de la tendencia al triunfo de los postulados de centro-derecha en la nueva Europa de la posguerra fría.

²² Id.

²³ “Ante la cumbre de Maastricht”, *La Vanguardia*, 8 de diciembre de 1991, p. 22.

²⁴ “Pero se mueve”, *La Vanguardia*, 12 de diciembre de 1991, p. 18.

²⁵ “Elecciones británicas”, *ABC*, 9 de abril de 1992, p. 19.

²⁶ “Triunfo conservador”, *ABC*, 10 de abril de 1992, p. 19.

Ahora bien, *ABC* advertía que la exigua mayoría conseguida por Major obligaba a los *tories* a atender los graves problemas económicos y sociales de Reino Unido. En ningún momento se incluye la ratificación de Maastricht entre ellos.

En sus dos editoriales sobre el 9-A, *El País* tilda de mediocre la campaña de los dos principales partidos, en un Reino Unido que exhibía un débil liderazgo desde la salida de Margaret Thatcher, “comprensible e incluso saludable en un país hastiado de caudillismo”. Precisamente, cree que la Dama de Hierro había priorizado lo urgente frente a lo importante, que ahora correspondía atender al próximo primer ministro: el encaje de las naciones de Reino Unido y la reforma institucional (léase un nuevo sistema electoral y una Constitución escrita)²⁷. Conocida la victoria de John Major, que entiende como inesperada e histórica²⁸, cree que se había impuesto la opción de la gente corriente; vencía el hombre de la calle, el hijo del trapeceista²⁹. En definitiva, para *El País* John Major lograba borrar con su victoria el fantasma de Margaret Thatcher para siempre³⁰.

La Vanguardia, por su parte, solo le dedica una referencia a los comicios en su espacio editorial, que no es sino una valoración de los resultados. Para el diario catalán, la victoria había sido un triunfo personal del candidato *tory*: “Major representaba el punto medio que la mayoría buscaba: ni entusiasta thatcherista ni converso como Kinnock”³¹. En adelante, y debido a la profunda división del país, al *premier* le esperaba una tarea compleja, pero la cabecera celebraba que, al menos, Major contaba con la mayoría parlamentaria para poder hacerle frente. La cuestión europea no se encontraba entre dichos retos.

También el director del periódico barcelonés, Juan Tapia, dedicaba un comentario a la actualidad política en Reino Unido. Desde su habitual

²⁷ “Los grandes temas pendientes”, *El País*, 8 de abril de 1992, p. 12.

²⁸ El día previo a la jornada electoral, Enric González, corresponsal de *El País* en Londres, hacía la siguiente observación: “si mañana vence Major sería la mayor sorpresa electoral desde la caída de Churchill” (González, Enric, “Los conservadores dicen que su derrota supondría el ascenso del fascismo y la quiebra del Reino Unido”, *El País*, 8 de abril de 1992, p. 7).

²⁹ “Como un transatlántico”, *El País*, 11 de abril de 1992, p. 12.

³⁰ Id.

³¹ “La victoria de Major”, *La Vanguardia*, 11 de abril de 1992, p. 18.

espacio en la segunda página, ponía en valor la estabilidad del sistema británico, que huía de los extremismos que florecían al otro lado del Canal, e indicaba que el éxito de Major suponía el mantenimiento del thatcherismo; un fenómeno que, a su entender, habría llegado a su fin si la candidata hubiese sido la propia Margaret Thatcher. El estilo del actual líder *tory*, más suave y humano, habría resultado clave para vencer y garantizar la continuidad de su legado³².

Por lo tanto, los tres diarios muestran su sorpresa por la victoria de John Major en los comicios, lo que, al menos en un primer momento, dejaba en la sombra las posibles consecuencias del estrecho margen de su victoria a la hora de sacar adelante el tratado en los Comunes; un tratado que pasa desapercibido en la cobertura de las tres cabeceras. Por otro lado, aunque *ABC* es el único que se posiciona en favor del candidato *tory*, todos manifiestan cierta satisfacción por los resultados. Ahora bien, a la hora de explicar el triunfo electoral, *El País* y *La Vanguardia* ponen mayor énfasis en las virtudes de la persona, mientras que para *ABC* era, ante todo, un triunfo de las ideas de centro-derecha.

1.3. Referéndum en Dinamarca (2 junio 1992)

Las dos veces que *ABC* se refiere a este acontecimiento en su espacio editorial lo hace tras conocerse los resultados. La cabecera no celebra la derrota de Maastricht en tierras danesas pero entiende que había sido un aviso saludable a cargo de una nación ejemplar, que sabía lo que votaba. Suscribe algunos de los argumentos de los partidarios del no e insiste en que no se había rechazado a Europa sino a cierta Europa: la Europa federal dominada por el eje París-Berlín, gobernada por una vasta burocracia ajena al control democrático³³. Más allá de las consecuencias jurídicas, para este diario los efectos más graves del resultado eran los psicológicos, al extenderse la sensación de que los dirigentes iban por un lado y la Europa real por otro. Por ello, considera que el no danés podría propagarse a otros países donde ya se estaban alzando voces críticas con la propuesta de Unión Europea. No incluye a Reino Unido entre ellos, pero comenta que, si bien Downing Street había optado por un cauto

³² Tapia, Juan, “La victoria de Major”, *La Vanguardia*, 11 de abril de 1992, p. 2.

³³ “El no de Dinamarca”, *ABC*, 3 de junio de 1992, p. 17.

silencio, Margaret Thatcher estaría meditando desde su retiro³⁴.

El País obvia por completo la consulta danesa hasta la última jornada de nuestro análisis. En su único editorial, el diario se muestra preocupado porque las reticencias a la construcción europea no eran exclusivas de Copenhague y llama a Bruselas a tomar nota de ello, aunque descarta una posible renegociación del tratado. Considera que el pecado capital de Maastricht había sido su déficit democrático. No obstante, cree que se encontraría una salida a la crisis abierta por el rechazo danés, que podría basarse en ofrecer a los dinamarqueses el modelo de *opt-out* acordado en Maastricht para Reino Unido. Sobre este último, precisamente, hace el siguiente comentario: “Paradójicamente, los menos afectados parecen ser los británicos, tal vez porque en su caso, y de acuerdo con una tradición democrática envidiable, el debate se produjo antes de la firma del acuerdo”³⁵.

Al igual que *El País*, *La Vanguardia* solo comenta lo acontecido en Dinamarca en la última de las ediciones consultadas. El periódico catalán se decanta por un enfoque eminentemente doméstico, tratando de explicar el porqué del rechazo de los daneses a Maastricht. En su opinión, se había impuesto el temor a la burocracia de Bruselas y al dominio alemán de la UE proyectada en Maastricht. Pero lejos de suscribirlo, el diario veía en ello una paradoja manifiesta: la prosperidad de Dinamarca se debía, en gran parte, a su pertenencia a la familia comunitaria, de manera que el no de esta consulta podría volverse en su contra: “la pequeña Dinamarca, sin el mercado exterior europeo, tendría un glorioso pasado vikingo y un mal futuro”. En cualquier caso, no creía que Maastricht estuviese muerto y celebraba la determinación de París y Berlín de seguir adelante con el proceso de ratificación, ya que el referéndum danés había alentado el euroescepticismo y este podría extenderse por la geografía europea: “En el referéndum danés quien se ha salido con la suya es la idea, patrocinada por Londres, de una Europa no sólo no federal, sino reducida a ser una inmensa zona de libre cam-

bio. Y esta actitud, aunque por distintos motivos, puede contagiarse a otros países”³⁶.

Así pues, los tres periódicos, pese a reconocer desde un principio la importancia de este evento, solo se refieren a él tras conocerse su desenlace. *ABC* evita celebrarlo pero muestra su comprensión, acomodando los resultados a su propia lectura de lo acordado apenas seis meses antes: la Europa real reaccionaba contra la Europa ficticia proyectada en Maastricht. *La Vanguardia*, en cambio, carga contra los detractores del tratado en tierras escandinavas y, al igual que *El País*, insta a seguir adelante con el proceso de ratificación. Para el diario del Grupo PRISA, la salida a este revés podría encontrarse en la extensión a Copenhague del modelo británico de *opt-out*. Eso sí, aunque todos se refieren al refuerzo de la causa euroescéptica, ninguno atisba una posible reacción al tratado en Reino Unido.

1.4. Miércoles Negro (16 septiembre 1992)

En los tres editoriales localizados, *ABC* ofrece desde su espacio editorial una lectura fundamentalmente nacional de la inestabilidad monetaria que sacudía a buena parte de los países de la CEE. Cuestiona, sobre todo, la política económica del Gobierno español, al que instaba desde un principio a bajar los tipos de interés para depreciar la peseta y estimular así la recuperación económica. Con el estallido del SME, que dejaría muy debilitada a la moneda nacional, no hace más que perseverar en sus críticas al tándem Solchaga-González, al que acusa de haber gastado por encima de sus posibilidades. Por otro lado, en una interpretación más general, entiende que la tormenta monetaria se había debido a la colisión de los intereses nacionales de los miembros del SME, que en pleno proceso de ratificación de Maastricht presentaban realidades y necesidades diferentes. Una iniciativa de cooperación monetaria que, tras el Miércoles Negro, consideraba tocada pero no hundida³⁷.

Respecto a la salida de la libra del SME anunciada por John Major, *ABC* no ve en ella una solución a largo plazo sino una medida temporal. Entiende que el problema de Londres era, básicamente, no haber recuperado su potencial exportador pese a los “notables avances” experimentados durante los años de gobierno de Margaret That-

³⁴ “Consecuencias del «no»”, *ABC*, 4 de junio de 1992, p. 19.

³⁵ “Traspié danés, traspié europeo”, *El País*, 14 de junio de 1992, p. 14.

³⁶ “Euroescepticismo”, *La Vanguardia*, 4 de junio de 1992, p. 20.

³⁷ “El rapto de Europa”, *ABC*, 18 de septiembre de 1992, p. 17.

cher, lo que dejaba a la esterlina en una situación de vulnerabilidad frente a los especuladores internacionales³⁸.

El País, por su parte, llega a dedicarle a la crisis del SME cuatro editoriales. En un primer momento, esta cabecera celebraba la reducción de tipos del Bundesbank, que interpretaba como un sí a Maastricht, ya que a pocos días del referéndum en Francia, el Banco Federal Alemán, aun a costa de perder su tradicional independencia, viraba su política monetaria para tratar de calmar a los mercados europeos y garantizar así la estabilidad del SME. Sin embargo, el gesto alemán se mostraría insuficiente y estalla la crisis, lo que para *El País* probaba la urgencia de avanzar en la UEM proyectada en Maastricht y, a nivel doméstico, la necesidad de que España aplicase el programa de convergencia económica recogido en dicho tratado. A corto plazo, la quiebra de la confianza en el SME podría afectar a los resultados de la consulta en Francia sobre la UE: “Un fantasma recorre Europa: el de la parálisis y el estupor”³⁹.

En cuanto a Reino Unido, el diario consideraba que, con su decisión de abandonar el SME, era Londres quien había iniciado el terremoto que situaba a este sistema ante la crisis más importante de su historia. Además, recuerda que los británicos habían sido los primeros en salirse de la llamada “serpiente monetaria europea”, el precedente del SME, y tilda de “lamentable” esta nueva retirada de la libra: “ya no hay soluciones nacionales, como tercamente defienden los demagogos, sino una interdependencia progresiva”⁴⁰.

La Vanguardia incluye dos editoriales sobre la tormenta monetaria, en los que resulta curioso el viraje que se produce entre ambos. En un principio, el periódico catalán se hacía eco de la decisión del Bundesbank de bajar los tipos de interés para calmar la situación del SME. No entraba en valoraciones más allá de considerarla una medida más política que técnica, ya que para muchos evidenciaba el compromiso de Alemania con la construcción europea. Sin embargo, a partir del día 17, el mismo protagonista pasará de héroe a villano en las páginas de *La Vanguardia*. Para este diario, el Miércoles Negro se habría precipitado por unas declaraciones del presidente del

Bundesbank, en las que habría insinuado la necesidad de un nuevo reajuste de las paridades de las monedas adscritas al SME. Ello habría desencadenado la reacción de los mercados, poniendo en cuestión la vitalidad de Maastricht a escasos días de la consulta francesa. De ahí que países como España se hubiesen visto forzados a devaluar su moneda, algo que esta cabecera había llamado a evitar desde un principio y que ahora hacía más urgente que nunca la aplicación de los planes de convergencia en nuestro país⁴¹.

No obstante, para *La Vanguardia* lo más preocupante de todo lo acontecido estos días era la salida de la libra del SME, sin la cual este último no sería el mismo. Además, en un país como Reino Unido, receloso de la Europa de Maastricht, John Major podría ceder ahora ante quienes defendían la salida definitiva del SME⁴².

Así pues, durante la crisis del SME, en la que Londres es un actor más por la pluralidad de países afectados, se observa que cada publicación ofrece una lectura diferente a la hora de explicar el detonante de la misma. Como hemos visto, para *ABC* el *shock* monetario se debía, simplemente, a las diferentes realidades económicas de los Estados participantes en el SME. *El País* creía que la decisión del Gobierno británico de sacar a la libra de este mecanismo había precipitado la crisis. Y *La Vanguardia*, por su parte, responsabilizaba de todo lo ocurrido al banco central alemán, por tratar de forzar un cambio en las paridades en su propio beneficio; un reproche ausente en las páginas de *ABC* y *El País*.

En lo que sí coinciden los tres diarios es en la defensa del SME, al que debía regresar la libra tarde o temprano. Además, todos insisten en que Madrid debía acogerse, cuanto antes, a los planes de convergencia económica acordados en Maastricht. Ahora bien, *ABC* es el único que a lo largo de estas jornadas carga contra la política económica de Moncloa, a quien venía instando a devaluar la moneda nacional para ganar competitividad.

1.5. Referéndum en Francia (20 septiembre 1992)

De las cinco jornadas analizadas, todas las ediciones de *ABC* cuentan con su correspondiente referencia en el espacio editorial. Por mucho

³⁸ Id.

³⁹ “Un mal menor”, *El País*, 18 de septiembre de 1992, p. 12.

⁴⁰ “El sistema, amenazado”, *El País*, 17 de septiembre de 1992, p. 12.

⁴¹ “La devaluación de la peseta y el SME”, *La Vanguardia*, 18 de septiembre de 1992, p. 16.

⁴² Id.

que fuesen censurables las motivaciones políticas de su convocatoria, *ABC* celebra la consulta sobre Maastricht en Francia y llama al Gobierno español a seguir el ejemplo galo, dando voz a los españoles para pronunciarse sobre la “Europa centralista, secretista y burocratizada” consagrada en Maastricht⁴³. En esa misma línea, carga contra el “despotismo sin ilustrar” de Moncloa por la falta de información ofrecida al pueblo español sobre dicho tratado⁴⁴.

La cabecera madrileña muestra cierta equidistancia respecto a las dos campañas enfrentadas en el referéndum francés: Europa necesitaba unirse pero no a cualquier precio. Por eso, una vez conocido el estrecho margen de la victoria del sí, entiende que Bruselas debía rectificar dotando a las instituciones de mayor transparencia y menor burocracia⁴⁵. Y es que para este diario, la fuerza del no a Maastricht en Francia representaba el rechazo a una Europa socialista y no al proyecto europeo *per se*. De hecho, su número del día 22 abría con el titular “Sí a Europa, no a Delors”.

ABC llega a citar y a suscribir las célebres palabras pronunciadas por Margaret Thatcher en su discurso de Brujas: de nada servía vencer al socialismo a nivel nacional si la Comunidad, sin someterse a las urnas, lo aplicaba desde Bruselas⁴⁶. Además, el diario coincidía con Londres en la necesidad de avanzar en la ampliación de la construcción europea y, por otro lado, creía justificable que John Major postergase la aprobación del tratado en las Islas hasta que se resolviese la cuestión danesa, todavía pendiente.

En cuanto a *El País*, se localizan referencias en el espacio editorial en tres ediciones. Para esta cabecera, el posible fin de Maastricht en caso de salir derrotado en Francia no sería el fin del proyecto europeo, pero no cree que hubiese una alternativa mejor a dicho tratado. “La negación de Maastricht es ahora mismo la negación de Europa”, sentenciaba⁴⁷.

⁴³ “No solo un referéndum francés”, *ABC*, 20 de septiembre de 1992, p. 21.

⁴⁴ “Hacia una Europa distinta”, *ABC*, 21 de septiembre de 1992, p. 19.

⁴⁵ Id.

⁴⁶ “No a la Europa socialista”, *ABC*, 22 de septiembre de 1992, p. 17.

⁴⁷ “Europa en vilo”, *El País*, 20 de septiembre de 1992, p. 10.

Una vez conocidos los resultados, *El País* celebra el triunfo de Maastricht en tierras galas, ya que este acuerdo iba en sintonía con la interdependencia que exigía el momento histórico. No obstante, la fortaleza del no en la consulta mostraba la inmadurez de la construcción europea y obligaba a avanzar, en adelante, con cautela. Y es que, para este diario, “el problema básico que denuncia el resultado francés es el retraso de la Europa política en relación con la económica”, por lo que llama a reducir el déficit democrático de una futura UE que, con todo, cree que apenas había dado tímidos pasos hacia el federalismo⁴⁸. En cualquier caso, entiende que, en una Europa más estable tras haber superado el escollo francés, el texto de Maastricht no debía modificarse, ya que bastaba con revisar la forma de aplicarlo.

Respecto a Londres, *El País* comenta que la idea de Europa de los británicos estaba recibiendo un apoyo indirecto por la falta de entusiasmo que estaba suscitando Maastricht en distintos países. Además, entiende que el aplazamiento de la ratificación en Westminster anunciado por John Major planteaba un desafío parecido al de la consulta francesa⁴⁹.

En cuanto a *La Vanguardia*, son tres los editoriales que dedica al referéndum en Francia. Para el diario catalán, Maastricht podría no ser un monumento a la perfección pero era, al fin y al cabo, la única alternativa; una necesidad para todos los europeos, cuyo destino final debía ser la unión política. De ahí que, en la campaña francesa, identifique a los partidarios del no como temerarios o, simplemente, como aquellos que querían saldar cuentas de política interna⁵⁰.

Durante estas jornadas, *La Vanguardia* entiende que en el referéndum francés estaban en juego los propios tratados fundacionales de la Comunidad y que el rechazo a Maastricht podría no solo reducir el proyecto europeo a una zona de libre comercio, sino desatar la reaparición de viejos y trágicos enfrentamientos. De ahí que, confirmando el *petit oui* de los franceses, celebre lo que entendía como un sí a Europa. Ahora bien, reconoce que las dudas seguían en el horizonte y que, coincidiendo con la actitud tradicional de Londres, tocaba reflexionar para sintonizar con las demandas de la opinión pública. Ello no es

⁴⁸ “Un ‘sí’ con problemas”, *El País*, 22 de septiembre de 1992, p. 14.

⁴⁹ Id.

⁵⁰ “La hora de Maastricht”, *La Vanguardia*, 20 de septiembre de 1992, p. 30.

óbice para que el diario defienda la rápida ratificación de Maastricht, aunque comprenda la decisión de John Major de postergar la votación final del tratado en su país⁵¹.

El mismo día en que se informaba del respaldo a Maastricht en Francia, el director de esta cabecera, Juan Tapia, titulaba su pieza habitual "Atención a Gran Bretaña", consciente de que la suerte del tratado dependía en cierta manera de lo que ocurriese en las Islas.

En conjunto, aunque *ABC* prefería la victoria del sí, conectaba con proclamas de uno y otro bando, y en particular con aquellos que se oponían al creciente oscurantismo y burocratización de Bruselas. Podría decirse que el suyo era también un *petit oui*. De ahí que, conocido el estrecho margen del sí, pida una rectificación en el rumbo del proyecto europeo. *El País* y *La Vanguardia*, en cambio, mantienen en todo momento su defensa de Maastricht como única alternativa; ahora bien, evitan el triunfalismo tras conocerse el resultado y hacen llamadas a la prudencia y a la reflexión. Respecto a Londres, ninguna de las tres publicaciones duda ya de que la próxima amenaza a la Europa de Maastricht llegaría desde el otro lado del Canal.

1.6. Consejo Europeo de Edimburgo (11-12 diciembre 1992)

ABC dedica su espacio editorial a la reunión en tres ocasiones: desde el día en que esta comienza hasta la jornada después de su clausura. Para *ABC*, coincidiendo con la postura de Londres, no podía haber Unión sin Dinamarca. De ser así, los británicos podrían ser los siguientes y ello consagrara el predominio alemán en Bruselas. De ahí que rechazase las advertencias de quienes, como España, amenazaban ahora con avanzar con o sin Copenhague⁵². Además, aunque no preveía el naufragio de la cita comunitaria, esperaba que el proyecto europeo siguiese adelante sin la ambición de Maastricht, que había pasado por alto el sentir de la ciudadanía con planteamientos ilusorios. De hecho, *ABC* creía que el futuro de la naciente UE pasaba por atender su déficit democrático y progresar en la integración de forma prudente⁵³. Una vez concluida la cum-

bre, la cabecera entiende que los Doce habían alcanzado "unos acuerdos de filigrana" que, al menos, permitían restaurar la esperanza⁵⁴.

ABC no se pronuncia sobre el balance de la presidencia británica aunque, finalizada la cumbre, la idea que se desprende de sus páginas es que su mandato semestral se cerraba ofreciendo una mejor imagen.

El País se refiere a la cita en Edimburgo en tres de las ediciones consultadas. Para este diario, aun sin Dinamarca o Reino Unido, el nacimiento de la Unión Europea era inexcusable. De ahí que suscribiese las palabras de quienes, como Delors, amenazaban con ahondar en la integración prescindiendo de la aprobación de los socios más recalcitrantes⁵⁵. Al término de la reunión, *El País* entendía que dicho ultimátum había facilitado el alcance de un acuerdo que, si bien de mínimos, permitía desbloquear la Europa de Maastricht; renqueante, sí, pero viva al fin y al cabo. Una salida que, aunque salvaba la cara de la presidencia británica, ponía fin a un semestre "impresentable" de los británicos, que habían acabado cediendo para evitar una catástrofe en casa y que ahora debían ratificar el tratado antes de verano⁵⁶.

La Vanguardia, por su parte, se pronuncia desde el espacio editorial en tres ocasiones. Y lo hace con un marcado dramatismo: en Edimburgo estaba en juego la supervivencia o el declive de Europa. De hecho, según sus enviados especiales, era la cita "más difícil y compleja" de la historia de la CEE⁵⁷. Para el diario catalán, que llamaba a desafiar el bloqueo de Copenhague y Londres, no cabían más dilaciones: la letra y el espíritu de Maastricht debían ser preservados, ya que dicho tratado representaba un paso decisivo hacia la Europa política y la moneda única. De lo contrario, cree que debía ofrecerse una alternativa que no defraudase a una opinión pública mayoritariamente europeísta⁵⁸.

⁵¹ "El sí a Europa", *La Vanguardia*, 21 de diciembre de 1992, p. 22.

⁵² "La cumbre de Edimburgo", *ABC*, 11 de diciembre de 1992, p. 19.

⁵³ "Europa, el futuro", *ABC*, 12 de diciembre de 1992, p. 19.

⁵⁴ "Acuerdos de filigrana", *ABC*, 13 de diciembre de 1992, p. 25.

⁵⁵ "Delors habla claro", *ABC*, 11 de diciembre de 1992, p. 16.

⁵⁶ "Final del túnel", *El País*, 14 de diciembre de 1992, p. 14.

⁵⁷ Ambrós, Isidre y Baquero, Pau, "Una agenda de órdago", *La Vanguardia*, 11 de diciembre de 1992, p. 4.

⁵⁸ "La responsabilidad de Edimburgo", *La Vanguardia*, 11 de diciembre de 1992, p. 20.

Conocido el desenlace del Consejo Europeo, *La Vanguardia* evita el triunfalismo pero cree que se había salvado el proyecto de UE diseñado en Maastricht. Además, valora la mediación de John Major para solucionar la cuestión danesa, que maquillaba una presidencia mediocre hasta la fecha. Para este diario, lo más importante era la lección que se llevaban de Edimburgo daneses y británicos: con o sin ellos, sus socios comunitarios estaban decididos a avanzar en la construcción europea⁵⁹.

Así pues, *ABC* es el único periódico que, en contra de la postura de la Comisión Europea y de acuerdo con la visión británica, defendía que no podía haber Unión sin alguno de los doce miembros; precisamente porque dejar atrás a los socios más críticos con Bruselas supondría dotar de mayor poder al eje franco-alemán, una situación que contemplaba como indeseable. Por el contrario, tanto *El País* como *La Vanguardia* rechazaban renegociar el tratado en Edimburgo y aplaudían la determinación de quienes defendían seguir adelante, aunque para ello hubiese que prescindir de los miembros más reacios. No obstante, una vez conocido el desenlace de la cumbre se percibe una moderada satisfacción en los tres diarios; en el caso de *ABC* por haberse alcanzado un acuerdo a doce. Además, todos coincidían en que lo pactado en Edimburgo mejoraba la imagen de una presidencia británica hasta entonces enrevesada, lo que podría facilitar la ratificación definitiva de la Europa de Maastricht en Westminster.

1.7. Ratificación en Westminster (22-23 julio 1993)

ABC aborda la actualidad política de Reino Unido en dos ocasiones. Para esta cabecera, nuestro país debía tomar ejemplo del encendido debate que estaba teniendo lugar al otro lado del Canal en torno a la Europa de Maastricht. En este sentido, creía conveniente analizar al detalle dicho tratado, puesto que era una norma de rango superior a la propia Constitución. El diario consideraba inexorable la marcha hacia la Unión Europea, pero esta debía llevar siempre consigo a la ciudadanía. Por eso, para *ABC*, la UE del futuro debía parecerse a la Unión que se estaba discutiendo en países como Reino Unido: una UE que avanzase con la legitimidad del respaldo

popular⁶⁰. Además, en plena discusión en Westminster sobre el capítulo social planteado en Maastricht, el diario madrileño coincidía con el Gobierno británico en su crítica a la Europa social, al entender que su pretendida uniformidad sería un lastre para la economía de los países miembros⁶¹.

Cuando John Major decide presentar una moción de censura para desbloquear la tramitación parlamentaria de Maastricht, *ABC* reacciona apoyando la apuesta del *premier*, que evidenciaba su coraje y suponía toda una lección democrática. Ahora bien, conocido el éxito de su maniobra, la cabecera no esconde que el liderazgo de Major seguía en cuestión⁶².

El País, por su parte, solo se refiere a la política británica desde su editorial para comentar la victoria de Major en la moción de censura. Para esta cabecera, que John Major superase el voto de confianza y, con ello, el último escollo parlamentario para ratificar Maastricht, no resolvía la división interna de su partido, que se encontraba en una situación de miseria por la rebelión de los euroescépticos thatcheristas. Ahora bien, el *premier* conseguía dejar atrás una semana en la que había peligrado hasta la presencia del Reino Unido en la CEE. Por otro lado, *El País* se refiere también a la cuestión elevada por el conservador rebelde Rees-Mogg al High Court, planteando la posible ilegalidad de que Westminster ratificase un tratado que limitaba la soberanía nacional. Para este diario, la razón estaba del lado de quienes no veían en ello ni un ápice de inconstitucionalidad⁶³.

Al igual que *El País*, a lo largo de estas jornadas solo aparece un comentario editorial en las páginas de *La Vanguardia*, en el que se valora la victoria final de John Major en los Comunes. Para esta cabecera, el *premier* continuaba con la etiqueta de provisionalidad con la que había llegado al 10 de Downing Street tras sustituir a Margaret Thatcher. Ahora bien, había jugado fuerte al plantear un voto de confianza que, una vez superado, conseguía afirmar su dominio sobre el Partido Conservador y, más concretamente, sobre la Dama de Hierro y los suyos. El Tratado de Maastricht quedaba así salvado, a la espera de las últimas decisiones judiciales pendientes

⁵⁹ "Alivio tras la cumbre", *La Vanguardia*, 14 de diciembre de 1992, p. 24.

⁶⁰ "Discutir Maastricht", *ABC*, 21 de julio de 1993, p. 15.

⁶¹ "La crisis británica", *ABC*, 24 de julio de 1993, p. 15.

⁶² Id.

⁶³ "Major gana", *El País*, 24 de julio de 1993, p. 8.

en las islas británicas y en Alemania⁶⁴. Como decía el director del diario, Juan Tapia, “Europa atraviesa una gran crisis. Pero por ahora resiste y sigue”⁶⁵.

En definitiva, que Westminster siguiese discutiendo la Europa de Maastricht era todo un ejemplo para *ABC*, ya que, en consonancia con su línea editorial, el proceso de integración debía caminar siempre de la mano del sentir de los ciudadanos. Además, coincide con *La Vanguardia* en valorar positivamente la moción de confianza planteada por John Major para salvar Maastricht en última instancia. *El País*, por su parte, se centra en la división de los conservadores británicos en torno a Europa y, al igual que el resto de publicaciones, entendía que el desenlace final no resolvía las grietas de la formación *tory*.

CONCLUSIONES

Desde la concepción inicial del Tratado de la UE hasta su aprobación definitiva en Westminster, *ABC*, *El País* y *La Vanguardia* coinciden en la importancia diferenciada que otorgan a cada uno de los eventos destacados. Es decir, más allá de la particularidad discursiva de cada medio, existe cierta semejanza en el número de referencias que de cada acontecimiento incluyen los tres diarios en su espacio editorial. Así, siendo *ABC* el periódico más activo desde las páginas de opinión⁶⁶, se puede observar una lógica general en la relevancia otorgada por todos ellos a cada fecha: la cumbre de Maastricht merece una atención especial. Esta se reduce con las elecciones en Reino Unido y, más todavía, con el referéndum en Dinamarca, que solo despiertan cierto interés tras conocerse los resultados. La tendencia a la baja cambia drásticamente con la crisis del SME y, especialmente, con la consulta en Francia, donde se alcanza el clímax. El Consejo Europeo en Edimburgo seguirá generando bastantes comentarios, aunque menos que antes, desinflándose después con el cierre del proceso en Westminster.

Es cierto que las tres publicaciones cubren, de forma casi siempre diaria, todos los acontecimientos analizados. De hecho, todas le dedican,

⁶⁴ “Un paso decisivo en Gran Bretaña”, *La Vanguardia*, 24 de julio de 1993, p. 14.

⁶⁵ Tapia, Juan, “Las crisis europeas”, *La Vanguardia*, 24 de julio de 1993, p. 2.

⁶⁶ Frente a los 16 editoriales de *El País* y los 13 de *La Vanguardia*, el diario *ABC* dedica 22 a lo largo de nuestro análisis.

como mínimo, un editorial a cada uno de ellos, y en la mayoría de los ejemplares consultados se sitúan entre los temas más relevantes. Ahora bien, se pueden diferenciar claramente dos grupos. El primero, que genera más reacciones desde el espacio editorial, incluye las cumbres de Maastricht y Edimburgo, la crisis del SME y el referéndum en Francia. El otro bloque, con un número de referencias más discreto, engloba las elecciones generales en Reino Unido, la consulta danesa y la ratificación final en los Comunes.

Si a nivel cuantitativo predominan las similitudes entre las tres cabeceras, en lo referente al ámbito cualitativo de nuestro análisis prevalecen las diferencias. Ello es así, sobre todo, por el marcado contraste del discurso de *ABC* frente al de *El País* y *La Vanguardia*, que presentan líneas editoriales más parejas. A grandes rasgos, el primero representa la voz crítica que, sin cuestionar el proyecto europeo, arremete contra la Unión negociada en Maastricht. Las dos cabeceras restantes, por su parte, ofrecen una postura más amable hacia la nueva Europa proyectada en tierras holandesas. De ahí que solo *ABC* se identifique, en buena medida, con la idea de Europa defendida por el Gobierno británico, y que tanto *El País* como *La Vanguardia* se acerquen a las tesis de las instituciones comunitarias, muy parecidas a las del propio Gobierno español.

Con todo, sí se puede observar un relato compartido por los tres diarios a lo largo de nuestra investigación. En Maastricht, todos coincidían en poner a Londres la etiqueta de vencedor, ya que había obtenido las cláusulas de exención a las que aspiraba. De ahí que nadie cuestionase la aprobación de dicho tratado en Westminster. Cuatro meses después, todos mostraban su sorpresa por la victoria de John Major en los comicios generales, lo que, al menos en un primer momento, dejaba en la sombra las posibles consecuencias del estrecho margen de su victoria a la hora de sacar adelante el tratado en los Comunes. Una vez conocido el no danés, se daba por hecho que, habiendo sido debatido por los diputados británicos, lo ocurrido en Dinamarca no afectaría a Londres. Ahora bien, aunque no se adivinaba la reapertura de la discusión en las Islas, empezaba a calar la sensación de que algo había cambiado.

Poco después, durante la crisis del SME, que golpeaba a numerosos países, Londres sería un actor más, aunque ya se hablaba de que la aprobación final de Maastricht en Westminster

peligraba. Tras el veredicto francés, por el que ninguno lanzaba fuegos artificiales, todos reconocían la inmadurez de la construcción europea o, al menos, la necesidad de avanzar con prudencia. Tampoco se percibiría triunfalismo tras la cumbre de Edimburgo, aunque al igual que en Maastricht, *La Vanguardia* y *El País* celebraban el mero hecho de que se alcanzase un acuerdo. Además, la determinación de la mayoría de Estados miembros de avanzar hacia la UE, reafirmada en la capital escocesa, y el balance positivo de la reunión para los intereses británicos, en parte por la mediación de John Major en la cuestión danesa, dejaban en un segundo plano las posibles dificultades de Londres y Dinamarca para avalar definitivamente Maastricht.

Ya en Westminster, no se atisbaba la derrota final del Gobierno porque la aprobación de Maastricht ya estaba muy avanzada, aunque no se llegaba a descartar del todo y existía cierto drama. Al final, superada la moción de censura y, con ella, los obstáculos finales en la ratificación del tratado, ninguna de las tres cabeceras se atrevía a asegurar la entrada en vigor de Maastricht. Además, todos reconocían la creciente debilidad del primer ministro británico, señalada habitualmente desde el Miércoles Negro.

Sobre este último, cabe destacar que, a lo largo de la presente investigación, se percibe en los tres diarios que John Major, si era un euroescéptico, era al menos “su euroescéptico”, lo que le merece una mayor consideración por parte de todos ellos. Esto podría explicar, en parte, que en los comicios generales de abril del 92, aunque *ABC* fuese el único que se posicionase en favor del candidato *tory*, todos en mayor o menor medida se mostrasen satisfechos con los resultados electorales. Más de un año después, tras la aprobación definitiva en los Comunes, los tres diarios terminaban presentando al *premier* como un gran superviviente: tocado pero vivo, al igual que el propio Tratado de Maastricht al momento de cerrar nuestro análisis.

Por otra parte, *ABC* es el diario que más se preocupa por exponer la idea de Europa de los británicos en sus páginas, e insiste en la buena disposición de John Major a cooperar en la mesa de negociaciones comunitaria. El decano de la prensa madrileña llega incluso a identificarse con las palabras de Margaret Thatcher en su famoso discurso de Brujas: de nada servía vencer al socialismo en las urnas si luego se acababa aplicando desde Bruselas, ajena al voto popular.

Además, su rechazo a la Europa social y la importancia otorgada a la ampliación del club comunitario concordaba con la opinión de Londres. Sin duda, es el título más cercano a los *tories* y, en general, el que mayor estima muestra por el país de la *Union Jack*.

Será *El País* quien lance las críticas más rotundas contra los británicos, a quienes presenta como una amenaza para esa mayoría que, de acuerdo a la postura del propio diario, anhelaba estrechar los lazos de la familia comunitaria. Por ejemplo, tilda de cicatera su presidencia del Consejo en el segundo semestre del 92 y, previamente, llega a situar en la salida de la libra del SME el origen de la crisis monetaria. *La Vanguardia*, por su parte, no se muestra tan crítica con Reino Unido, cuya particular renuencia a la integración europea comprendía. Ahora bien, se suceden las advertencias de que dicha actitud aislacionista podría acabar volviéndose en su contra.

Pero si algún Gobierno es cuestionado durante este periodo en las páginas de *ABC* ese es el de Felipe González, al que se vincula con el proyecto de Unión Europea elaborado en Maastricht de espaldas a la ciudadanía. Es por ello por lo que se le llega a acusar de estar ejerciendo un “despotismo ilustrado” sobre los españoles, siendo el único diario que solicita abiertamente una consulta nacional sobre el Tratado de la UE o, en su defecto, elecciones anticipadas.

Por último, cabe destacar que, a lo largo de nuestro análisis, *La Vanguardia* es la cabecera que presenta el proceso de ratificación con mayor dramatismo. Ello se hace patente, sobre todo, durante la consulta en Francia y, meses más tarde, en el Consejo Europeo en Edimburgo, cuando dichos eventos cobran especial trascendencia en su espacio editorial: o Maastricht o el caos. En este sentido, *La Vanguardia* es también la más enérgica contra los detractores del Tratado de la UE (en claro contraste con *ABC*), lo que queda reflejado en las palabras que dedica a los daneses y franceses que se habían decantado por el no.

